
HOMBRE

Ver: *Antropología / Realidad / Persona / Personidad / Yo / Géneris de la realidad humana*

«Aquí vuelve a aparecer el error de creer que el hombre es lo subjetivo y las demás cosas son lo objetivo y lo real. Esto es completamente falso. El hombre empieza por ser una realidad.»

[Zubiri, Xavier: *El problema filosófico de la historia de las religiones*. Madrid: Alianza Editorial, 1993, p. 67]

•

«El hombre es un sistema de notas que podemos reunir en tres grupos.

1. Ante todo, el hombre tiene un grupo de notas según las cuales decimos que está vivo: es la *vida*. Todo ser vivo está constituido por una cierta independencia del medio, y un control específico sobre él. Estos dos momentos expresan algo más radical. Es que la independencia y el control expresan que, en sus acciones tanto activas como pasivas, el viviente actúa no sólo por las notas que posee sino también en orden al sistema que constituyen. Ciertamente, toda sustantividad, aunque sea meramente mineral, puede envolver en sus actuaciones la totalidad del sistema, pero el mineral no tiene ninguna acción ordenada a la totalidad del sistema en cuanto tal. Este momento es el momento radical y formalmente exclusivo de la vida. Se vive por y para ser sí mismo. Es decir, el viviente es un «sí mismo», un *autós*. No se trata de un momento de «reflexión» desde las notas hacia sí mismo. Porque la reflexión en cuanto tal consiste en tomarse a sí mismo como objeto. Además de muchos objetos, el viviente tendría un objeto más: sí mismo. Es en definitiva la idea que tuvo Aristóteles. No se trata de esto, sino de la índole misma de su *autós*. Sólo porque actúa como *autós*, puede en algunos casos ejercitar la reflexión. Ser sí mismo es anterior a toda reflexión, y fundamento de la posibilidad de ella.

Esto es lo formalmente constitutivo de un viviente: ser *autós*, ser sí mismo. La vida no es un decurso. El decurso es la manera de autopoerse. Naturalmente, se preguntará ¿es toda célula un sí mismo? Plenamente, y como lo es un hombre ciertamente no. Pero es que hay grados de vida, grados de ser sí mismo. Y en los vivientes más elementales hay algo así como un rudimentario primordio de *autós*, que

irá creciendo en la serie biológica hasta llegar al hombre. Vivir es autoposeerse, y todo el decurso vital es el modo de autoposeerse.

2. El hombre es un viviente que tiene un carácter especial: está animado, es un viviente animal. La vida ha desgajado aquí la función de sentir. Es lo formalmente esencial del animal: sentir es tener *impresiones*. Ahora bien, toda impresión tiene dos momentos: un momento de afección al viviente, y un momento de remisión formal a algo otro, a lo que afecta al animal. [...]
3. Pero el hombre además de vida y de capacidad de sentir tiene una tercera nota: la inteligencia. ¿Qué es inteligir? Suele decirse que inteligir es concebir, juzgar, razonar, etc. Ciertamente la inteligencia ejercita todos estos actos. Pero ello no nos ilustra acerca de qué sea formalmente el acto de inteligir, la intelección. Pues bien, pienso que inteligir consiste formalmente en aprehender las cosas como reales, esto es, «según son de suyo»; consiste en aprehender que sus caracteres pertenecen en propio a la cosa misma; son caracteres que la cosa tiene «de suyo». Todo lo que el hombre entiende es entendido como algo «de suyo». Esta es la esencia formal de la intelección. Enseguida aclararé más esta idea. El «ser-de-suyo» es el modo de estar presentes las cosas al hombre cuando se enfrenta con ellas en la intelección. Concebir y juzgar (logos) y dar razón no son sino modalizaciones de la aprehensión de algo «de suyo». No es la facultad del «ser», porque el ser es siempre y sólo ulterior a la realidad. Si decimos de algo que «es real», ello se debe a la estructura de nuestras lenguas, pero no hay «ser real» sino «realidad en ser», realidad actual en el mundo.»

[Zubiri, Xavier: *El hombre y Dios*. Madrid: Alianza Editorial, 1998, pp. 30-33]



«A lo largo de la historia de la filosofía se ha propendido a manifestar distintas consideraciones acerca del hombre. Una, por ejemplo, que va desde Platón a nuestros días, hace del hombre una realidad estratificada: por un lado, un organismo; por otro lado, un psiquismo con su estrato vegetativo, sin estrato sensitivo y su estrato intelectual. Pero el hombre no es una realidad estratificada, sino una sustantividad que ejecuta una sola cosa: un acto vital en el que se posee a sí mismo en forma de automorfismo y en forma de autodefinición.

También Aristóteles pretendió lograr una concepción unitaria del hombre: el hombre como una unidad fue la definición formal de Aristóteles, pero una unidad que, sobre todo a lo largo de la filosofía medieval y de la filosofía moderna, ha cobrado el carácter de lo que pudiera llamarse una unidad braquial, esto es, como de un árbol; una sustancia de la que emergen ramas, cada una de las cuales es una potencia. La unidad del hombre es la de una sustantividad que no puede ejecutar una actividad estrictamente unitaria. Podrá ser polarizada más en un sentido que en otro, pero no puede interpretarse como una congerie de potencias vinculadas entre sí por una

estructura de adición, o por una estructura de subalternación imperante y despótica. El hombre no es una sustancialidad, sino una sustantividad, y aquello que constituye su sustantividad no es el ser racional, sino el ser inteligencia sentiente.

Tampoco la división bipartita desde las categorías de *zoé y bios* da cuenta de lo que es en realidad el hombre. Ni siquiera la interpretación de ese *bios* desde la perspectiva de la comprensión del ser resuelve el problema. El ser, en efecto, es posterior constitutivamente a la realidad. Lo que es está montado constitutivamente sobre lo que hay, y lo que hay no le viene al hombre por ninguna comprensión del ser; le viene por la estructura psicofísica de su sustantividad, cuya última y radical posibilidad es una inteligencia sentiente. El hombre no es tampoco un ser en quien la existencia precede a la esencia; es algo completamente distinto. El hombre es una esencia abierta, abierta al orbe de la perfectividad, pero no al orbe de la sustantividad.

En definitiva, lo que decide de la realidad del hombre no es una forma de razón, porque incluso lo que decide cualquier forma de razón es la inteligencia. Cualquier forma de razón pende de que el hombre tenga inteligencia. Decir que el hombre con la razón aprehende la realidad es una verdad. Pero la aprehende no porque es razón, sino porque la razón es una forma de inteligencia. El hombre, repito, es constitutivamente inteligencia sentiente, y en su sustantividad misma es el hombre un animal de realidad, definido unitariamente en forma de corporeidad. Por serlo tiene que autopoerse en decurrencia desde las cosas, desde sí mismo, y desde los demás en orden a su propia, apropiada y apropiada felicidad, frente a la cual las demás posibilidades son siempre problemáticas. El acto de su apropiación es justamente su sancionamiento.»

[Zubiri, X.: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, p. 674-75]



«La materia constituye la unidad misma del Cosmos: es la unitariedad de la materia. Sólo porque la materia es la unidad del Cosmos, sólo por eso es por lo que toda realidad cósmica tiene que ser material. La universalidad de la materia es consecuencia inexorable de su unitariedad: la materia es la unidad factual misma de lo real.

Esta unidad material constitutiva del Cosmos es el fundamento de lo que hemos llamado unidad de ordenación tanto configuracional como accional. Hay ordenación, hay *taxis* porque hay Cosmos constitutivo material y no al revés. [...] Desde luego, conviene recordar aquí que la materia no es sólo *cosa*, en el sentido usual del vocablo, sino también lo que llamamos energía, fuerza, etc. (sea cualquiera la suerte que la noción de fuerza corra en la física actual). Para nuestro problema, todo ello debe englobarse en el concepto de *cosa material*, es decir, de realidad determinada por una esencia en orden a las cualidades sensibles o a todo lo que ellas formalmente impliquen o exijan. Pues bien, lo que sea material impone a la

respectividad su propio carácter. [...] Cosmos es la unidad de respectividad material de la sustantividad en cuanto tal. Recíprocamente, toda cosa material particular es siempre y sólo un elemento de multiplicidad de la unidad primaria del Cosmos, en el cual ocupa una posición propia. En su virtud, esta unidad cósmica es justo un ὅλον [hólon], un Todo. Cada cosa como momento de este Todo es una parcela de él. De suerte que, si la tomamos en y por sí misma, esta parcela es un fragmento del Todo. Y esto es verdad independientemente del concepto que la ciencia física tenga de esta unidad. [...]

Entonces, el Cosmos no es unidad de ordenación configuracional, sino unidad estructural de la sustantividad material. Los griegos no hablan sino de complexión de naturalezas, pero sin tan siquiera indicar el punto preciso y formal de esta ordenación configuracional. Ahora vemos cuál es este punto: aquello que formalmente constituye la unidad de respectividad del Cosmos, aquello por lo que las cosas son respectivamente *unas* en un Todo material, es justo la sustantividad misma en cuanto sustantividad material, y no lo que vagamente y sin precisión ninguna llamaron *naturalezas* o *cosas naturales*. Lo que llamamos sustantividades tiene unidad material como parcelas de un Todo.

Como cada cosa material más que cosa es momento de la unidad total del Cosmos, resulta que cada cosa es *cosa-de* el Todo, del Cosmos. En su virtud, las cosas constituyen un constructo, un sistema unitario, que es el Cosmos. Por tanto, el Cosmos es una sustantividad estricta, cuyas notas sistemáticas son lo que llamamos cosas. El Cosmos es sustantividad unitaria y única. Y esta unidad no es unidad resultante, sino unidad primaria, que es anterior a las cosas separadamente consideradas. He aquí la unitariedad de la materia. Todas las llamadas sustantividades materiales sólo impropriamente son sustantivas. Estricta y formalmente son sólo parcelas cósmicas, parcelas de la sustantividad única que es el Cosmos. Son sólo cuasi-sustantividades. [...] Toda cosa es sólo una cuasi-sustantividad, y el Cosmos cobra la falsa figura de una *taxis*.

Más aún, cada una de estas cuasi-sustantividades se acerca más o menos a la estricta y formal sustantividad. Por esto, desde este punto de vista fragmentario, el Cosmos aparece, más que como una mera *taxis* de realidades sustantivas, como una *taxis* gradual, como una graduación en orden a la estricta sustantividad. [...]

Con la estructuración de la materia elemental en materia corporal aparecen nuevas cuasi-sustantividades: son los cuerpos. Desde luego, los cuerpos son meros fragmentos del Cosmos, pero son un paso más en orden a la estricta sustantividad. Porque no son mera multiplicidad numérica, sino que cada cuerpo es una configuración relativamente estable que, en general, no es idéntica en dos cuerpos.

La materia biológica constituye un grado ulterior. Los seres vivos, gracias a su replicabilidad, a su independencia del medio y a su control sobre él, no

son meras configuraciones de estabilidad ya establecida, sino que son unidades estrictamente sistemáticas, tanto en la línea de las estructuras como en la línea de las funciones, en orden a la conservación dinámica de la configuración dentro de la diversa acción del medio, y en orden al despliegue de una actividad hecha posible por esa estabilidad. No persistencia figural, es conservación dinámica. Sin embargo, los seres vivos carecen de estricta sustantividad, porque cada viviente, por ser puramente material, no es sino fragmento del Cosmos, y además porque las distintas especies de vivientes no son sino modulaciones de un esquema fundamentalmente el mismo. Carecen, pues, de sustantividad. Pero son un paso más hacia ella, porque cada viviente es más que un simple número de la vida, y más que una configuración estable por mera persistencia. [...] Este viviente está, pues, dotado de una clausura cuasi-cíclica; es, por tanto, una cuasi-sustantividad mayor, es un estricto *primordium* de sustantividad.

El hombre es algo más. Como viviente que es, es un fragmento del Cosmos, pero sólo parcialmente, en cuanto viviente. Porque el hombre posee también unas notas psíquicas (inteligencia, sentimiento, voluntad) que no son de estructura formalmente material. Sin embargo, no se trata de una acumulación de notas yuxtapuestas. El hombre es una estricta unidad. Es cosa material, pero no puramente material. Sus notas materiales constituyen lo que llamamos *organismo*; es materia biológica de subtipo organismo. Las notas psíquicas constituyen algo que no llamo *alma* porque este vocablo tiene ya un sentido archidiscutible, el de una unidad propia alojada dentro del organismo y separable de él. Esta concepción es pura teoría. Por esto prefiero llamar a estas notas *psique*. Ni el organismo ni la psique son por sí mismas sistemas unitarios, sino que son tan sólo cuasi-sistemas parciales dentro del sistema total humano. Tienen una cierta unidad, pero nunca es unidad estricta. [...]

El hombre, por su momento orgánico, es un fragmento del Cosmos material. Pero, por su momento psíquico, no lo es. Porque el hombre se comporta consigo y con las cosas como realidades. Y, por tanto, la realidad de cada hombre, y no sólo sus propiedades y configuraciones, es *su* realidad. [...]

El hombre no es mero fragmento del Cosmos. Como toda realidad sustantiva, la humana es intrínseca y formalmente respectiva, pero su respectividad humana no es respectividad cósmica. Es una respectividad transcósmica. Envuelve orgánicamente una estricta respectividad cósmica, pero, en su íntegra sustantividad, el hombre está en el Cosmos trascendiéndolo. Lo material no es una limitación de lo humano, sino que por el contrario la materia es un momento intrínseco y formalmente constitutivo de lo humano. El hombre posee, pues, estricta sustantividad.

De esta suerte, en el Cosmos tenemos una gradación en orden a la sustantividad, desde las cuasi-sustantividades hacia la estricta sustantividad: multiplicidad numérica, configuración estable, estructura y actividad propia, figura de realidad propia.

El Cosmos es una estricta sustantividad, y en ellas se constituye otra sustantividad estricta, la sustantividad humana. Entre ambas están las cuasi-sustantividades puramente materiales.

En definitiva, pues, la ordenación configuracional del Cosmos no es lo que formalmente constituye el Cosmos, sino que el Cosmos es formalmente una constitutiva respectividad material de la sustantividad en cuanto tal. Y esta respectividad es el fundamento de la ordenación configuracional. Esta ordenación es consecutiva al Cosmos, pero o constitutiva de él.

Por la misma razón, el Cosmos no es formalmente ordenación accional, sino que esta ordenación está esencial e inexorablemente fundada en la respectividad cósmica.»

[Zubiri, Xavier: *Espacio. Tiempo. Materia*. Madrid: Alianza Editorial, 1996, pp. 420-427]



„La psique y todas, absolutamente todas sus notas, se van haciendo unitariamente de un modo pasivo en la actividad psico-orgánica en que el hombre consiste. Toda la actividad humana es constitutivamente psico-orgánica.

Lo orgánico es un momento intrínseco y formal de todo lo psíquico. Desde la integridad y el equilibrio génico hasta la diferenciación (histológica, anatómica, y topográfica) y la organización funcional del cerebro, lo orgánico es un momento intrínseco y formal de toda actividad psíquica, por ejemplo, la intelectual. Un momento ciertamente de diverso carácter. Pero todos estos factores orgánicos están modelando intrínseca y formalmente el modo de pensamiento y de intelección; la oligofrenia fenilpirúvica y el mongolismo nos lo ha puesto bien de manifiesto. Más aún, cuando se organice el cerebro, habrás aspectos de la actividad psíquica más o menos topográficamente localizados, a veces (como en el sistema límbico) con una precisión casi microscópica, rayana en lo increíble. Otros aspectos no acusan hoy por hoy esta localización precisa, pero sí exigen la actividad cerebral. Así, no hay ningún «área» cerebral específicamente determinada para la intelección, pero se requiere un mínimo de corteza y de organización funcional para ella. Es una especie de actividad cerebral inespecífica. [...] Por ejemplo, la evidencia según la cual se «ingeliga» que dos y tres son cinco no es algo que cueste trabajo. Pero es que la realidad de la intelección humana no está constituida sólo por esta evidencia. Es que el hombre tiene que *estar inteliendo* con evidencia que dos y tres son cinco. [...] El esfuerzo de intelección no es mera condición instrumental de ésta, sino un momento intrínseco pero formal del proceso intelectual. Las estructuras cerebrales modelan, pues, el tipo y el proceso de intelección.

Pero, por otra parte, no hay procesos orgánicos en el cerebro capaces de dar cuenta de una idea genial, de una evidencia creadora, etc. El

electroencefalograma de un genio y el de un hombre vulgar son en principio iguales. [...]

En todas sus fases vitales, pues, el hombre no tiene más que una sola y misma actividad psico-orgánica con dominancia variable de pasividad y de accionalidad en unas notas a diferencia de otras. No hay actuación de la psique «sobre» el organismo, ni de éste sobre aquélla, ni hay un paralelismo entre ambos, porque lo que no hay es ese «ambos»; no hay sino una única estructura psico-orgánica cuya unitaria actividad se despliega variablemente a lo largo de la vida. Cada fase de esta actividad es la constitución de un nivel psico-orgánico.”

[Zubiri, Xavier: *Sobre el hombre*. Madrid: Alianza Editorial, 1986, pp. 492-494]

COMENTARIOS

«El hombre es un individuo concreto (a su modo) como cada realidad. El hombre, en virtud de sus notas, es “sustantividad psico-orgánica”; desde la perspectiva de sus actos, “animal de realidades”; como modo de realidad, “persona” (personeidad, realidad personal) y “animal personal” (HD 51, 61). En tanto que persona, es “suidad reduplicativa y formal (realidad formalmente suya y tan sólo suya), “autoposición como realidad”, “realidad relativamente ab-soluta”. Modalmente configurada, la persona es la “unidad concreta de la personeidad, según la personalidad” (HD 56).

Los tres momentos estructurales de la sustantividad psico-somática son organización (de las notas), solidaridad de la estructura (notas-de) y corporeidad (actualización en el cuerpo) (HD 40-42). Pero “animal hiperformalizado” (IRE 30) es una expresión teórica y no descriptiva acerca del hombre.

El “ser humano” es la actualización mundanal de la sustantividad humana. En cuanto está presente en el mundo, toda realidad (por refluencia de su respectividad al mundo en su propia realidad) es actual en el mundo o es “ser” o *realitas in essendo* (IRE 217-220).»

[Sáez Cruz, Jesús: “Estatuto noológico de la causalidad personal intramundana”, en Pintor-Ramos, Antonio (Coord.): *Zubiri desde el siglo XXI*. Salamanca: Universidad Pontificia de Salamanca, 2009, p. 197]



«La última filosofía del hombre de X. Zubiri cabe situarla entre el artículo “El hombre y su cuerpo” (1973) y “La génesis humana” (1983). Aunque no se propusiera un estudio sistemático sobre el hombre, lo cierto es que en esta década repensó todos los temas de su metafísica de la realidad humana. En la primera parte de *El hombre y Dios*, que es prácticamente lo último que Zubiri redactó, es donde se encuentra la exposición más madura

y sintética de su pensamiento antropológico (X. Zubiri, *El hombre y Dios*, pp. 15-122).

En la introducción a *El hombre y Dios*, Ignacio Ellacuría, que cuidó de su edición, explicó cómo se había editado. La antropología zubiriana mostró su fecundidad en diversos autores. Entre ellos cabe destacar a P. Laín Entralgo y algunos de sus múltiples obras: *Cuerpo y alma* (1991); *Creer, esperar, amar* (1993); y *Alma, cuerpo, persona* (1995).»

[Corominas, Jordi / Vicens, Joan Albert: *Xavier Zubiri. La soledad sonora*, Madrid: Taurus Ediciones, 2006, p. 587; 837 n. 29]

[Impressum](#) | [Datenschutzerklärung und Cookies](#)

Copyright © [Hispanoteca](#) - Alle Rechte vorbehalten